



Gustav Klimt con uno de sus gatos frente al taller
en Josefstädterstrasse 21, Viena, c. 1912
Fotografía de Moritz Nähr

www.elboomeran.com

Gustav Klimt

CARTAS, ESCRITOS
Y TESTIMONIOS

Traducción de
Nicolás Pastor Durán



© de la traducción, Nicolás Pastor Duran, 2020

© de esta edición

© Editorial Elba, S.L., 2020

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

www.editorialelba.com

ÍNDICE

Gustav Klimt sobre sí mismo · 9

Carta de Gustav Klimt a
Carl Moll · 11

Fragmento de *Mi vida* · 17
Alma Mahler

Cartas de Gustav Klimt a
Marie Zimmermann · 21

Rodin visita a Klimt · 37
Berta Zuckerkandl-Szeps

Carta de Gustav Klimt a
Wilhelm von Hartel · 41

Gustav Klimt a
Berta Zuckerkandl-Szeps · 43

Cartas de Gustav Klimt a
Emilie Flöge · 47

Mi hermano Gustav · 61
Hermine Klimt

Ninfea · 63

Gustav Klimt

Klimt y Schiele · 65

Arthur Roessler

La personalidad de Klimt · 67

Hans Tietze

CARTAS, ESCRITOS Y TESTIMONIOS

Gustav Klimt sobre sí mismo¹

La pintura y el dibujo son lo mío. Es algo en lo que creo y que los demás dicen, pero no estoy seguro de que sea verdad. Únicamente hay dos cosas que sé con certeza:

1. Jamás he pintado un autorretrato.² Mi propia persona no me interesa como objeto de un cuadro. Me interesan los demás, en especial las mujeres, y más aún las otras formas. No creo que haya nada digno de atención en mí. Soy un pintor que dibuja cada día sin tregua: figuras, paisajes y, ocasionalmente, retratos.

2. Las palabras no son mi fuerte. Me cuesta hablar y escribir, especialmente cuando debo hacerlo acerca de mí mismo o de mi trabajo. Incluso a la hora de redactar una simple carta la angustia se apodera de mí y siento una espe-

1. En Christian M. Nebehay, *Gustav Klimt. Dokumentation*, Viena, Galerie Christian M. Nebehay, 1969.

2. En realidad Klimt se había representado en atavío isabelino en la obra *El teatro de Shakespeare* (1886-1888), pintada en el techo de la escalinata principal del Burgtheater de Viena, aunque la composición, atestada de figuras, no puede considerarse un autorretrato al uso.

cie de náusea.³ Por lo tanto, cabe desechar la posibilidad de un autorretrato, ya sea artístico o literario. No es una gran pérdida: quien desee conocerme como artista –que es lo único que vale la pena conocer– debe contemplar mis cuadros con atención; sólo así podrá entender quién soy y cuáles son mis anhelos.

3. En una breve carta de 1905, Klimt decía sentirse aquejado de una «grafofobia patológica». (En Tobias G. Natter y Franz Smola, *Klimt: Up-Close and Personal. Paintings, Letters, Insights*, Viena, Christian Brandstätter, 2012.)

Carta de Gustav Klimt a Carl Moll⁴
(19 de mayo de 1899)

Estimado Moll:

Tu carta me hirió profundamente. Y sufro más todavía al pensar que estoy angustiando a uno de mis amigos más íntimos.

Estimado Moll, ¿no te habrás dejado llevar por el pesimismo? Creo que últimamente andas bastante alterado, igual que tu querida mujer, y en tu afán paternalista ves las cosas peor de lo que realmente son. Como buen amigo, me gustaría contarte brevemente lo ocurrido. No debe haber secretos entre nosotros... Llegué a tu casa sin saber nada en absoluto. A Alma ya la conocía, es decir, la había visto en una ocasión de pasada

4. En C.M. Nehebay, *Gustav Klimt. Von der Zeichnung zum Bild*, Viena, C. Brandstätter, 1992.

El pintor Carl Moll (Viena, 1861-1945) fue uno de los fundadores de la Asociación de Artistas de Viena, cuya presidencia asumió en 1900. Alumno de Emil Schindler, tras la muerte del maestro en 1895, se casó con su viuda. De este modo se convirtió en padrastro de Alma, hija de Schindler y futura mujer de Mahler, con quien Klimt mantuvo una breve relación en 1899, año de la presente carta. Alma tenía entonces diecisiete años; Klimt, treinta y cinco.

durante la inauguración del monumento a Schindler;⁵ me agradó del mismo modo que a cualquier pintor le agrada una bella muchacha y me sorprendió que no la hubieses pintado...

Luego Alma y yo nos encontramos a menudo: conversábamos inocentemente, me hablaba de su pasión por Wagner, Tristán, la música, la danza... Me parecía feliz y me alegraba por ella. Nunca llegué a cortejarla. Por otro lado, no me creía capaz de ello: muchos hombres acudían a aquella casa para presentarle sus respetos. En ocasiones me dio por pensar que estaba con alguno de ellos, pero era una impresión equivocada.

Este invierno la señorita y yo, que tantas otras veces nos habíamos sentado el uno junto al otro, fuimos obligados a alejarnos por mandato escrito. Me sentí afligido y sorprendido, y medité largo y tendido. Pensé que tal vez fuese una petición expresa de la señorita: tal vez le hubiese empezado a resultar cargante. A mí también me parecía normal dejar de rondarla constantemente para entretenerla y conversar. Sólo durante el último período, una vez terminado mi viaje a Florencia,⁶ me ha dado por pensar que

5. Monumento obra del escultor austríaco Edmund Hellmer, ubicado en el parque de la Ciudad de Viena en 1895.

6. En abril de 1899, Klimt viajó a Florencia, tras lo cual pasó